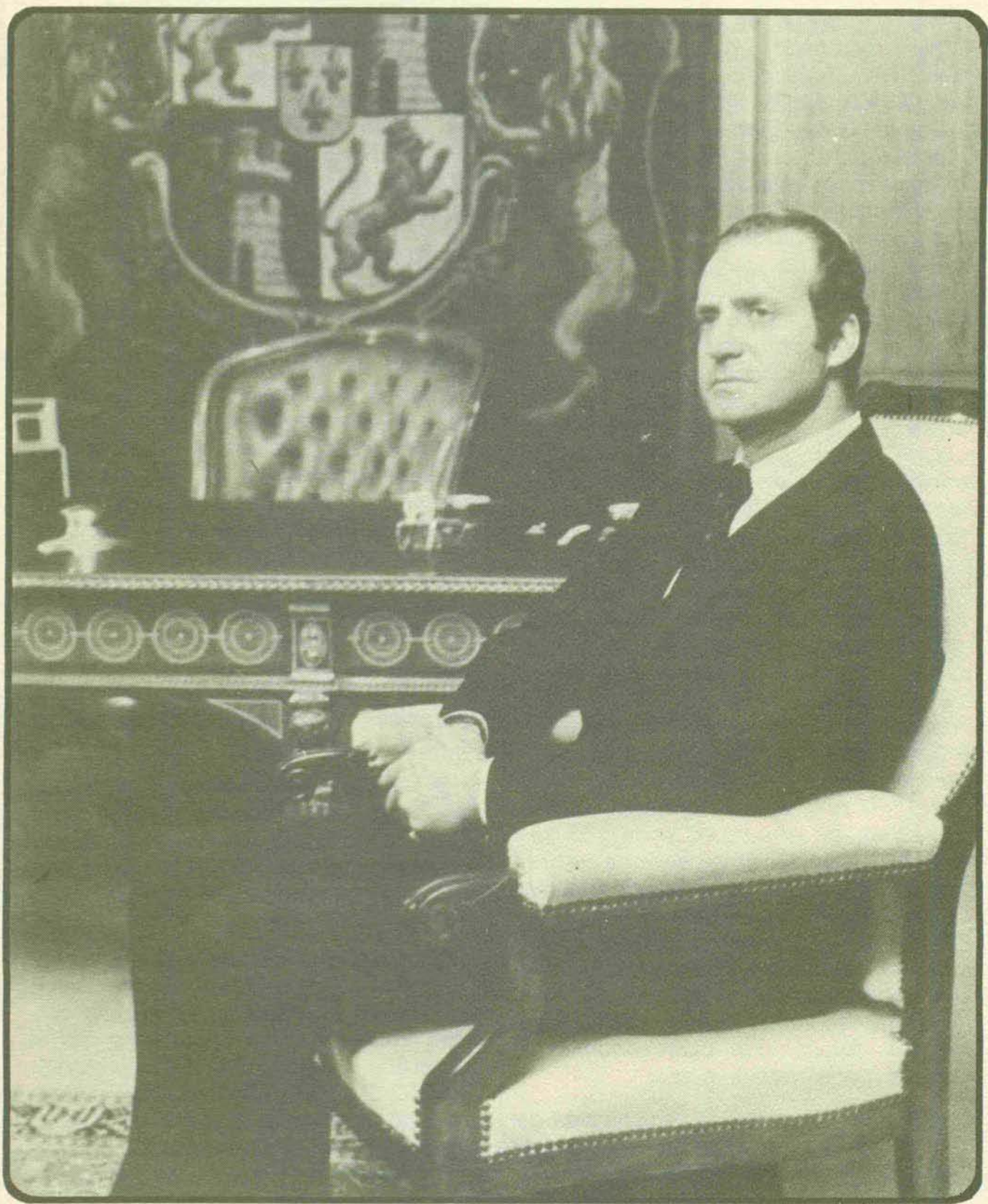


La Corona



Eduardo Haro Tecglen

LA monarquía constitucional de Juan Carlos I es una de las pocas cosas en que parece haber una rara unanimidad de aceptación en España. Salvo algunos extremos políticos en los grandes bandos, salvo algún partido republicano de carácter histórico y sentimental, hay un acuerdo tácito, explícito en algún momento —la votación sin problemas mayores de los artículos de la Constitución que la institucionalizan— en el que se incluyen, sin duda, muchos ciudadanos que se consideran republicanos, otros muchos que están seguros de que no son monárquicos. Probablemente una mayoría. Nunca hubo un plebiscito sobre el tema, a menos que se considere suficiente el que convocó Franco para probar la Ley de Sucesión el 6 de julio de 1947; y probablemente ha habido también un acuerdo tácito en que no haya, tras la muerte de Franco, ningún tipo de referéndum sobre ese tema, por miedo a tapiar una salida que se veía muy clara: y que lo ha sido hasta ahora. Juan Carlos de Borbón fue Rey de España el 22 de noviembre de 1975 en un acto que nunca se ha sabido calificar bien si fue proclamación, restauración, instauración, juramento o aplicación mecánica de la Ley de Sucesión y de la persona designada



En la mañana del 23 de julio de 1969, el Príncipe de España acepta, en el Palacio de la Zarzuela, la sucesión a Título de Rey, que había sido aceptada la tarde anterior en las Cortes franquistas, por 491 votos a favor, 19 en contra y 9 abstenciones. (En la fotografía, el momento en que Don Juan Carlos firma la aceptación, ante el Notario Mayor del Reino, Antonio M.^o de Oriol y Urquijo, en segundo plano el ministro de Justicia, Antonio Iturmendi.



S.M. el Rey Don Juan Carlos I pronuncia en el Palacio de las Cortes Españolas (actual Congreso de los Diputados), su primer discurso, el «Mensaje de la Corona», tras haber prestado juramento como Soberano español. Era el 22 de noviembre de 1975.

por Franco, pero que apenas ofreció dudas ni controversias. Un caso raro. Los franquistas decididos —lo que se llamó «el bunker»— tenían numerosos recelos; aún en los últimos tiempos de Franco sus próximos intentaron un cambio en la persona designada, buscando sobre todo un bonapartismo póstumo, la creación de un linaje donde los apellidos Borbón y Franco aparecieran unidos. No fraguó. Los monárquicos clásicos no aceptaban de buen grado el salto de una persona en la línea de sucesión, el de Don Juan de Borbón. La extrema derecha veía en él el principio de una constitución democrática —«el rey reina pero no gobierna»—; los partidos de la izquierda eran de definición republicana, los demócratas entendían que todo cargo de poder, sin excepción —sin la excepción de la Jefatura del Estado— debe ser elegible y renovable en plazos cortos, y una gran parte del pueblo conservaba la idea de que una monarquía es la culminación de una aristocracia y, por lo tanto, un régimen escasamente popular. Sin embargo, todos se hicieron su arreglo de conciencia. Unos vieron que se cumplía la voluntad de Franco, otros que después de todo, era una monarquía que había que acatar. Los partidos de la iz-

quierda encontraron que era la vía hacia la legalización y hacia una Constitución abierta, los militares vieron en el Rey a un militar y los civiles a un civil; los demócratas encontraron pronto el ejemplo de las monarquías escandinavas y hasta de la inglesa. Este cúmulo de coincidencias y arreglos mentales no se da en España más que una vez durante muchos siglos.

Probablemente la razón esencial de cada uno estaba en la convicción de que se trataba de una salida; en la aceptación por parte de los otros y el miedo a males peores. Impedía un salto brusco hacia lo desconocido; y sobre todo hacia lo desconocido de la guerra civil. Pero no cabe ninguna duda de que el mérito principal corresponde al comportamiento, anterior y posterior al 22 de noviembre de 1975, de la persona en quien recayó el azar y la necesidad. A una personalidad discreta y moderadamente atractiva. Dentro del psicologismo que representa un papel tan importante en una España tan poco culta en política —y en todo lo demás— no resulta fácil definir la imagen general —de denominador común— con que se ve a Juan Carlos I. La palabra simpatía no es la adecuada, si se refiere a la que han podido despertár en los



El primer Gobierno de la Monarquía. (En el centro de la fotografía, S.M. el rey D. Juan Carlos y, a su derecha, el entonces presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro).



El vicepresidente primero del Gobierno, teniente general Gutiérrez Mellado, pronuncia unas palabras ante SS.MM. los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía con motivo de la celebración, en el Palacio Real, de la Pascua Militar. (El 6 de enero de 1977).



S.M. el Rey Don Juan Carlos I y el Príncipe de Asturias, Don Felipe, acompañados por el ministro de Defensa, Rodríguez Sahagún, el vicepresidente para la Defensa, teniente general Gutiérrez Mellado, el jefe del Estado Mayor, del Ejército, teniente general Alfaro Arregui, y el embajador de los Estados Unidos, Terence Todman, durante las maniobras conjuntas hispano-norteamericanas que se celebraron en tierras de Mojácar (Almería), el 5 de noviembre de 1979.



El rey don Juan Carlos en el momento de firmar el texto de la Constitución, en el solemne acto celebrado en el Palacio del Congreso de los Diputados, ante los Presidentes y miembros de las dos Cámaras. (27 de diciembre de 1978).

sectores correspondientes otras grandes figuras españolas, incluyendo a su abuelo Alfonso XIII. La de identificación, tampoco. Se trata de un punto medio entre la proximidad y la distancia, de un punto medio entre la devoción y la repulsa. La palabra confianza es una de las más adecuadas, como la tan simple de aceptación.

Es interesante recordar que esta irradiación aparece desde que fue designado oficialmente sucesor —si no antes—, el mes de julio de 1969. Que unos le vieran entonces como la garantía de que Franco seguiría estando cuando no estuviese, y otros como la esperanza de que Franco no estuviese algún día es ya un principio. Pero su comportamiento estaba ya inscrito en cada uno de sus actos. Hay una continuidad: da la sensación de que tenía ya hecho el proyecto de cómo iba a ser el día que reinase.

Cuando llegó ese día, Juan Carlos de Borbón pronunció unas palabras perfectamente acogidas: «Nuestro futuro se basará en un efectivo consenso de concordia nacional».



RAMON RODRIGUEZ

Don Juan Carlos y el Presidente Suárez, en mayo de 1977.



Rodolfo Martín Villa jura su cargo como ministro de la Gobernación, en el transcurso de un acto celebrado ante S.M. el Rey en el Palacio de la Zarzuela, el 8 de julio de 1976.



SS.MM. los Reyes, saludando al teniente general Gutiérrez Mellado y a Joaquín Garrigues Walker, miembros del Gobierno a la sazón, durante una recepción, en el Palacio Real, con ocasión de la Pascua Militar. (Enero de 1980).



El arzobispo de Santiago de Compostela, monseñor Suquia, contestando a la Ofrenda que pronunció el Rey Don Juan Carlos, en el día de la festividad de Santiago Apóstol. (El 25 de julio de 1976).

Todos los movimientos de Juan Carlos I en ese momento iban a ser clave en la situación española: fueron prudentes y medidos, entre la concesión de títulos nobiliarios y beneficios económicos a los familiares de Francisco Franco y la amnistía para los sindicalistas del proceso «1.001», y la ampliación en círculos concéntricos de las declaraciones en las que se iba hablando de soberanía popu-

lar, de autonomías, de elecciones, de constitución. La prudencia para los sectores de lo que la oposición democrática llamó «poderes fácticos» pareció excesiva a los que esperaban una mayor rapidez en el tránsito a la democracia cuando el Rey nombró presidente de las Cortes a Torcuato Fernández Miranda, el 1 de diciembre, y a Carlos Arias Navarro como presidente del Gobierno el día



Los Reyes en el Ayuntamiento de Granada, acompañados del presidente de la Junta de Andalucía (a la derecha de la foto), Rafael Escuredo, del alcalde de Granada, Antonio Jara (a la izquierda de la foto), y la señora de este último (a la izquierda de S.M. el Rey). Enero de 1980.

5. En el primer caso, el tiempo iba a confirmar las razones del Rey: Torcuato Fernández Miranda fue capaz de hacer la primera transición de las cortes franquistas, y del Consejo del Reino, hacia un sistema más democrático y con más posibilidades. El gobierno de Carlos Arias Navarro fue un paso atrás, con la fuerte influencia de Fraga Iribarne. Arias habló de «perseverar y continuar la inmensa obra de Francisco Franco», y lo hubiera conseguido de haber durado más en su cargo. Así y todo ese tiempo fue trascendental para la consolidación de fuerzas y personas antidemocráticas. Pero su inmovilismo precipitó las protestas populares. El gobierno de Arias Navarro era inviable y no respondía a las necesidades del momento; unas declaraciones del Rey a «Newsweek» se interpretaron ya como una crítica.

Se ha especulado mucho acerca de las razones que pudieron mover al Rey para la designación de Arias Navarro. Ha podido interpretarse como un cálculo para dejar que la derecha tradicional se desprestigiara por sí misma, desgastada por su incapacidad para responder a las necesidades urgentes de la nación y sometida a la presión popular nacional e internacional; se ha pensado que

era un plan gradual pensado y madurado ya desde que era Príncipe. No hay que descartar la idea de que creyese realmente que Carlos Arias Navarro, Manuel Fraga Iribarne, el Teniente General De Santiago y Díaz de Mendivil, Areilza, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate y algunos de los otros notables que formaban aquel gobierno pudieran en realidad establecer el puente entre un régimen y otro. Y quizá cuando se consideren los acontecimientos de ese período con más distancia y con mejor conocimiento de causa —los documentos internos conocidos hasta ahora son muy parciales— pueda verse que, efectivamente, algunos de los cimientos del puente se echaron entonces; y la condición precisa para que tuvieran eficacia era la de que fuese un gobierno de corta duración. Se ha supuesto, también, que en las decisiones de Juan Carlos de Borbón en aquellos momentos pesó mucho la opinión de Torcuato Fernández de Miranda y la de su padre, D. Juan de Borbón.

El verdadero hallazgo de su reinado fue (hasta este momento) el de Adolfo Suárez. Un desconocido. Su designación para formar gobierno puede considerarse, hoy, como un rasgo de valor que desbordaba toda suposición de prudencia. La clase política le con-



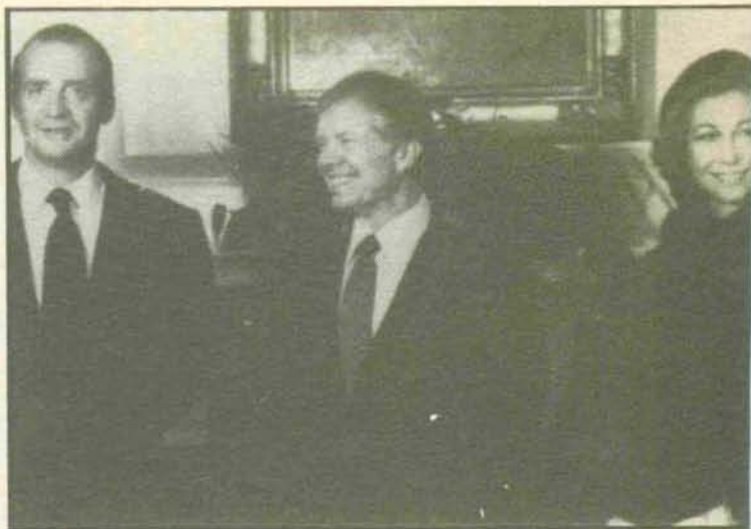
El Rey Don Juan Carlos estrechando la mano del poeta Rafael Alberti, en la Embajada Española en Roma, con ocasión del viaje oficial de los Reyes de España a Italia. (9 de febrero de 1977).



El rey de España, dentro de la más estricta conducta constitucional, mantiene contactos con los dirigentes de las diversas corrientes políticas de la nación: De izquierda a derecha y de arriba abajo, con los señores Girón de Velasco y Alvarez Molina: Santiago Carrillo; Felipe González y, en una visita oficial a la Generalitat de Cataluña, con el entonces presidente de este organismo autonómico, Josep Tarradellas, en compañía del entonces capitán general de Cataluña, teniente general Coloma, el gobernador civil y el alcalde de Barcelona.

sideraba un ente menor, que había llegado a Ministro del Movimiento precisamente para que el Movimiento dejase de funcionar; un hombre que había estado siempre a la sombra de otros políticos a la espera de cargos útiles. No es demasiado importante recordar aquí el título de un artículo de Ricardo de La Cierva en «El País» dedicado al acontecimiento: se titulaba «Que error, que inmenso error»; y no es demasiado importante porque La Cierva se ha especializado él mismo en el error con más frecuencia que los demás españoles, incluso con más frecuencia que los políticos. Pero la verdad es que la clase política en bloque lo consideró así, mientras el país trataba de enterarse de quien era aquel apuesto joven que le iba a gobernar a partir del 3 de julio de 1976 en que fue designado. La verdad es que no se ha sabido bien todavía. Tratando de apartarse un poco de la última actualidad, y de borrar

la imagen de Suárez maltrecho y deshecho políticamente que tenemos ahora delante, hay que pensar que Suárez fue el hombre justo para el momento preciso. Aún teniendo en cuenta el error de paralelaje, se tiene hoy la sensación de una compenetración exacta entre la transición precisa y la figura de Suárez; y aún hoy parece muy difícil su sucesión, o su sustitución. Como si la historia nos condenase a un Suárez, a falta de poder suministrar o producir algo mejor. Lo que parece ahora muy claro es que el Rey conocía bien a su personaje, y que su designación fue un acierto. Quizá como prueba de su respaldo y de su garantía personal, Juan Carlos I presidió el primer Consejo de Ministros del 9 de julio de 1976, y lo abrió con una breve alocución; nunca más volvió a participar en las sesiones de trabajo, salvo un Consejo de Ministros en La Coruña donde se decidió una amnistía, el 30 de julio de 1976. Puede in-



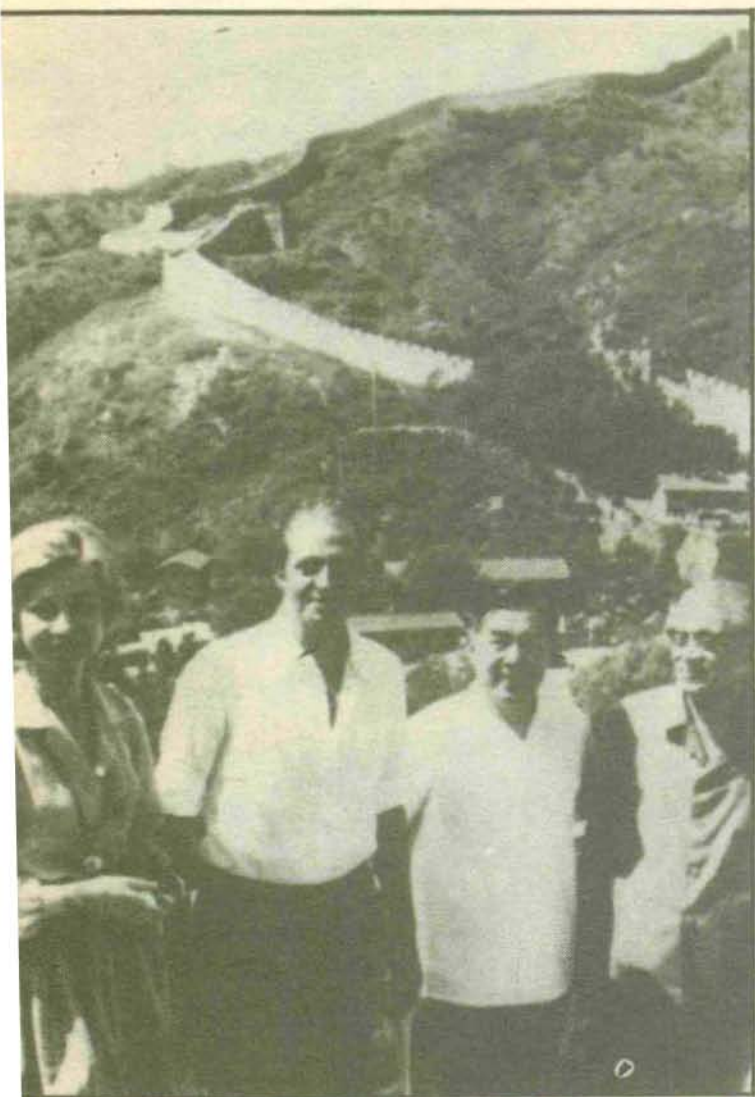
En su papel de Jefe del Estado, S.M. el Rey, de acuerdo con las prerrogativas que le otorga la Constitución, mantiene contactos con altas personalidades extranjeras, a la par que recibe las credenciales de los embajadores de las potencias ante él acreditadas. De izquierda a derecha y de arriba abajo: El embajador de la Unión Soviética en España, Yuri B. Dubinin, durante la ceremonia de presentación de credenciales ante S.M. el Rey; SS.MM. los Reyes junto al presidente de los Estados Unidos, Carter, en febrero de 1980; los Reyes de España y el presidente de la República Francesa, Valery Giscard d'Estaing y señora, durante la recepción ofrecida por los Soberanos españoles al primer mandatario francés en el Palacio de Oriente, en junio de 1978. El Rey recibe al canciller de la República Federal de Alemania, Helmut Schmidt, en el Palacio de la Zarzuela, en octubre de 1977.

terpretarse esta presencia como el deseo de amparar personalmente, con la aceptación concedida por todos a su persona, una medida que a la derecha le pareció peligrosa y a la izquierda insuficiente. De la misma forma que en sus viajes por España el Rey pronunció en varias ocasiones palabras en catalán o en gallego para amparar un cierto principio de autonomía. Son estos breves detalles, realizados con discreción y como con timidez, los que ayudan a componer la figura de Juan Carlos de Borbón durante toda esta parte de su reinado y a considerar cual ha sido su peso en la transición. Hay otra parte que queda reservada para los historiadores del futuro: cual ha sido su influencia personal, su consejo, su estímulo o su freno al comportamiento de Suárez. Y al de otros estamentos de la nación.

La Corona ha ido realizando esta labor lenta

pero firme. La designación de los cuarenta senadores reales, inclinada hacia personajes de la cultura, la recepción en Palacio y en audiencias a personajes considerados por la derecha —y no sólo por la extrema— como auténticas encarnaciones satánicas, la proximidad continua a los militares, la relativa sencillez de su vida privada, han ido realizando una imagen que corresponde al nivel de aceptación. Ha sabido, hasta ahora, alejarse de la imagen más deteriorada de monarquía clásica; sin embargo, el esplendor y la literatura creada en torno al traslado de los restos de su abuelo, Alfonso XIII, de Roma a El Escorial, contrastó gravemente con la casi clandestinidad con que se trasladaron los restos del Jefe de Estado que le sucedió, D. Niceto Alcalá-Zamora.

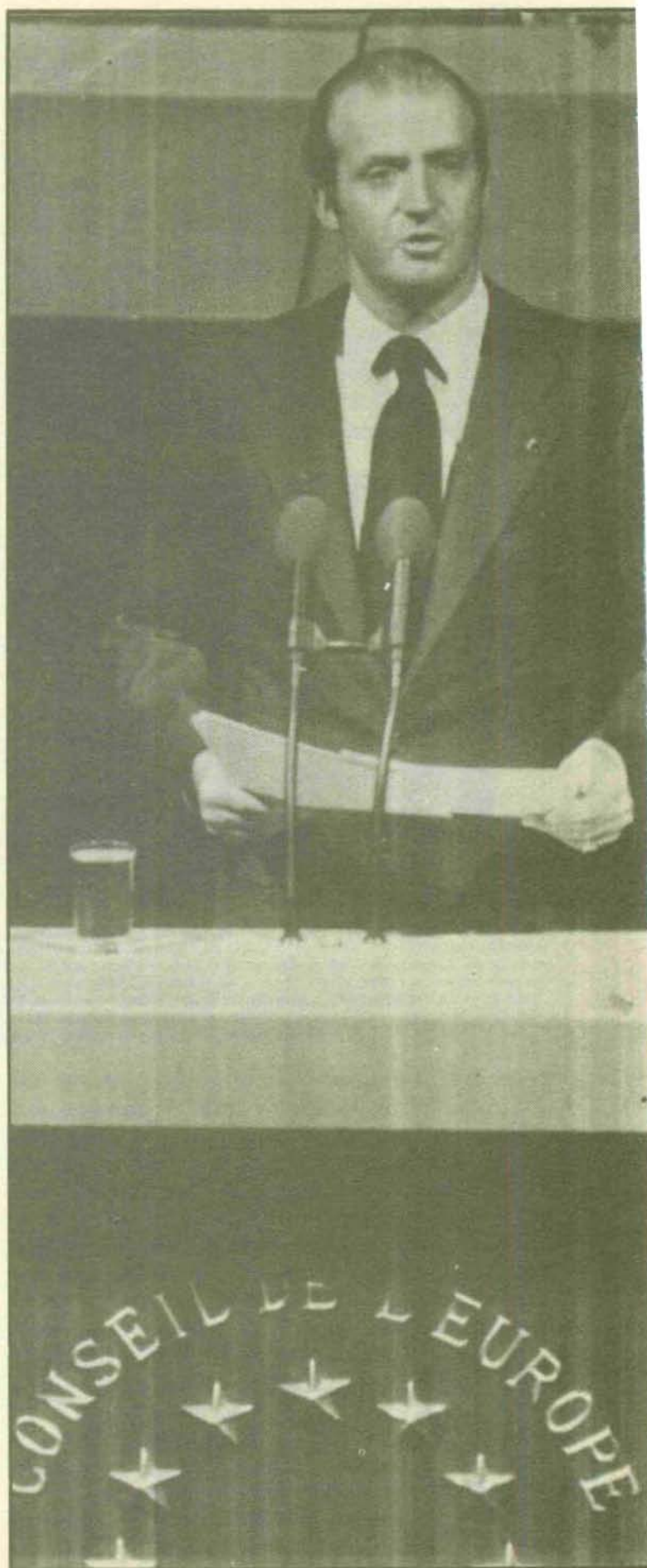
El balance que puede hacerse de la monarquía constitucional de Juan Carlos I, al cum-



Los Reyes de España durante la visita que efectuaron a la gran muralla china, durante su viaje oficial a la República Popular China, en junio de 1978.

plirse los cinco años de su inauguración, ofrece los mismos perfiles de extravagancia que el camino por el que llegó a España: la Corona parece ser el único éxito en un país donde todo lo demás va siendo un fracaso. La Corona, instaurada —o restaurada, o proclamada, atraída, o implantada— sin más apego que la resignación por parte de muchos, se ha ido haciendo sólida por la forma de comportamiento y de conducta cívica y política de quien la encarna. Ha ganado amistades extranjeras, respetos interiores; ha probado su capacidad de existir dentro de una Constitución y de un régimen parlamentario, ha creado un estilo de vida en el Palacio de la Zarzuela. Sin embargo, hay un desmoronamiento general, desde la economía hasta la convivencia. Atravesamos el desierto al que llamamos Desencanto. El Rey reina, no sólo intacto desde que llegó, sino cada vez más aceptado, sobre un país desmedulado y empobrecido. Nadie le culpa. ■

E. H. T.



S.M. el Rey Don Juan Carlos I durante el discurso que pronunció con motivo de su visita al Consejo de Europa, en octubre de 1979.



Un momento de la entrevista mantenida por S.M. el Rey Don Juan Carlos con el monarca marroquí, Hassán II, durante su estancia en visita oficial a Marruecos.



«La Corona parece ser el único éxito en un país donde todo lo demás va siendo un fracaso»... (Los Reyes, durante un viaje a tierras extremeñas, en marzo de 1977).